

Luis Alejos

Movilización de pensionistas

eldiariortorte.es, 18 de marzo y 1 de abril de 2018.

Pensionistas: de la sumisión a la insurrección

Cuando Stéphane Hessel lanza en 2010, a la edad de 92 años, la consigna “indignaos”, coreada por José Luis Sampedro con 93 años, los pensionistas españoles no se sienten aludidos. Tras la muerte de Hessel y Sampedro, aquellos pensionistas, entonces reserva de votos del PP, inician una revuelta que hace temblar al endeble gobierno de Mariano Rajoy. La causa de esa inesperada rebeldía, promovida desde un colectivo de 10 millones de personas, es el recorte de las pensiones, provocado por las reformas laborales y de la Seguridad Social que en 2011 y 2013 impusieron los gobiernos del PSOE y del PP a los actuales y futuros pensionistas. En realidad la ofensiva contra las pensiones públicas comenzó en 1995 al desvincular las cuentas de la Seguridad Social de los Presupuestos Generales del Estado.

El retorno de los viejos rokeros

A poco que se analice la composición social de ese núcleo población deja de asombrar que se indignen y rebelen. Se trata de una generación bipolar, con comportamientos dispares: mientras una parte se atrincheró en el silencio y el miedo provocado por la dictadura, otra se comprometió en la lucha antifranquista, hizo realidad la conquista de las libertades y posibilitó el estado de bienestar, ahora amenazado. Este colectivo es el que está protagonizando la lucha contra el recorte de las pensiones.

Los partidos políticos, los que gobiernan y el resto, habían olvidado que dentro del núcleo de población menos politizado, el de mayor edad, se encuentra el más combativo e ideologizado, el que lleva toda la vida defendiendo causas propias y ajenas. Se equivocaron quienes impusieron las reformas contando con el miedo y la sumisión de los pensionistas. Tampoco aciertan los partidos que renuncian a la experiencia política y la capacidad organizativa de tanta gente, centrando su actividad en la juventud.

Entre el espontaneísmo y el organicismo

Las formas organizativas y métodos de coordinación que adoptan las movilizaciones de pensionistas son múltiples, dependiendo en particular de la incidencia sindical. A diferencia de otros territorios, en el País Vasco, sobre todo en Bizkaia, ni partidos ni sindicatos participan de forma directa. Por exigencia de los propios pensionistas no se admiten pancartas de ninguna organización. La coordinación se lleva a cabo desde la base, mediante plataformas ciudadanas o a través de asociaciones donde están los sindicatos, aunque sin hacer ostentación de sus siglas. Las convocatorias generales parten de la Coordinadora Estatal en Defensa del Sistema Público de Pensiones, ajena a los sindicatos. En Euskadi, al tomar la iniciativa los pensionistas, pese a la división sindical el apoyo a las movilizaciones es unánime.

Los sindicatos venían convocando movilizaciones en defensa de las pensiones, sin alcanzar el auge actual hasta entrar en acción los métodos de coordinación y de agitación propios de los movimientos sociales. En fechas previas al 17M circulaba por la redes una extensa variedad de carteles y viñetas llamando a la manifestación. Así que han confluído los procedimientos de difusión tradicionales y los virtuales ajenos al

sistema. Y como ocurrió el 8M, los medios de comunicación han ejercido de caja de resonancia. No ha sido necesario empapelar las calles para movilizar a la ciudadanía.

Luchar por el respeto y la dignidad

La clave de las movilizaciones es la determinación de rechazar el incremento anual del 0,25%, planteando como alternativa revalorizar las pensiones en base al IPC. Esa subida, equivalente a una limosna, ha encendido los ánimos de los pensionistas, licuando su sangre mejor que el Sintrom. Las concentraciones semanales, el reencuentro con colegas de pasadas militancias, ayudan a rejuvenecer. Mal augurio para el maltusianismo que ciñe la problemática de las pensiones a cuestiones demográficas; va a resultar que el activismo social alarga la esperanza de vida. Recortar las pensiones o revalorizarlas son decisiones políticas. Los gobiernos determinan cómo y cuándo distribuir la riqueza. Establecen prioridades basadas en criterios más ideológicos que económicos. Rescatando a la banca en vez de a la gente que se arruinó con las hipotecas basura de la banca, se intensifican las desigualdades, aumenta la precariedad y la exclusión social. Por eso, no queda más opción que cambiar de política económica, o sea, de gobierno. Los pensionistas han aprendido la lección, gritando cada día con mayor decisión: “Los recortes de pensiones se pagarán en las elecciones”, “Ni un día más de gobierno del PP”, “Rajoy dimisión”.

Ofensiva contra las pensiones públicas

Mariano Rajoy comparece en el Congreso para recordar sus planes en materia de pensiones. Confirma que no está dispuesto a revalorizarlas. Esa obstinación contrasta con la decisión de incrementar los sueldos de los funcionarios públicos el 1,75% en 2018, llegando al 8% hasta 2020. Es un agravio comparativo que no pasa desapercibido entre los pensionistas. Tratándose de una medida electoralista sorprende que Rajoy no utilice el mismo método con los pensionistas. Todo apunta a que los recortes de las pensiones públicas encajan en el proyecto para sustituirlas con planes de pensiones privados.

Se intenta convertir esos productos financieros en el negocio más prospero de la banca. El País Vasco es pionero: las EPSV (entidades de previsión social voluntaria) manejan el 34% del PIB, siendo el 10% a nivel estatal. Ese modelo de pensiones privadas esté promovido por instituciones controladas por el PNV (Gobierno Vasco, diputaciones, ayuntamientos, Kutxabank), lo negocian en los convenios sindicatos que cobran por su gestión, se financian con impuestos, tienen bonificaciones fiscales y no tributan a la Seguridad Social. Es decir, se comete de forma desleal con las pensiones públicas.

Resurgir de las movilizaciones ciudadanas

Las concentraciones de pensionistas, manifestaciones del 22 de febrero, movilizaciones feministas del 8M, manifestaciones del 17M, tienen una trascendencia comparable al “No a la Guerra” del 2003. Constatada la capacidad movilizadora de pensionistas y feministas, así como la impotencia de los partidos de la oposición para enfrentarse de forma conjunta a las regresivas medidas sociolaborales de la derecha, los sectores más vulnerables y oprimidos de la sociedad toman conciencia de su fuerza y reclaman sus derechos con firmeza. No es casual que el movimiento de pensionistas haya apoyado públicamente las acciones del 8M y que el feminista haga otro tanto el 17M.

Las manifestaciones del 17 de marzo confirman la dinámica de cambio social. Se trata de movilizaciones intergeneracionales transversales donde diferentes mentalidades comparten motivaciones comunes. Tal es la característica fundamental del movimiento en defensa de las pensiones públicas, conforme se constata analizando los índices de participación. El ejemplo más significativo es el de Bilbao, donde una plataforma unitaria y plural, sin protagonismo político ni sindical, logra agrupar a 115.000 personas. El caso opuesto es Madrid, con dos manifestaciones que compiten entre sí, pese a coincidir las consignas.

¿Y ahora qué? En cualquier país de democracia consolidada el 17M provocaría una crisis de gobierno. Aquí es diferente, habrá que esperar a la cita con las urnas, salvo que el PNV considere que apuntalar la corrupción ha dejado de ser rentable y Rajoy opte por huir hacia adelante. De todos modos, los pensionistas volverán a concentrarse los lunes, al sol o bajo la lluvia, preparando las condiciones para dejarse oír a las puertas de La Moncloa. Será una jornada más de orgullo, reclamando sobre todo respeto y dignidad. Eso significa pasar de la indignación a la insurrección rechazando el 0,25%.

Si los pensionistas persisten en su lucha y castigan al PP en las urnas, el gobierno del cambio que no fue posible a través de la unidad de la izquierda tal vez se haga realidad en base a un compromiso de regeneración democrática y de progreso social que incluya la derogación de medidas que afectan a las condiciones de jubilación y estabilidad de las pensiones públicas. Es más, dado el creciente peso de las pensiones en el conjunto de la economía, convendría considerar la revalorización de las pensiones y la economía de los cuidados como factores de desarrollo sostenible. Es decir, un *keynesianismo basado en la rentabilidad social*, no en el gasto en infraestructuras. Pero esa es otra historia.

Pensionistas, toda la vida luchando

Sorprende la inesperada combatividad de un amplio sector del colectivo de pensionistas, hasta caer en la cuenta de que se trata de la generación que protagonizó las luchas de la transición. Resulta fácil suponer que es un movimiento inspirado en el 15M, aunque según el criterio de la edad sea más propio pensar en el 50º aniversario de Mayo del 68. En Euskadi se ha intentado explicar el fenómeno en clave política: demanda de la transferencia de la Seguridad Social en un marco autónomo de relaciones laborales. De todo habrá un poco, mas para salir de dudas es necesario echar la vista atrás con enfoque sociológico y perspectiva de memoria histórica.

Genio y figura

La mayoría de la gente que acude en el País Vasco a las concentraciones tiene de 60 a 80 años. Estando entre la veintena y la cuarentena al morir el dictador, tenían la edad adecuada y se daban condiciones precisas para asumir compromisos políticos y sociales. Del actual colectivo de pensionistas salió la militancia que impulsó el movimiento obrero, estudiantil, euskaltzale, vecinal, ecologista o feminista. Protagonizaron huelgas generales, la batalla de la reconversión industrial, la oposición a las centrales nucleares, la reivindicación del aborto libre y gratuito, la lucha por la amnistía, la creación de las ikastolas y mucho más. Luego bastaba aplicar la experiencia adquirida en otros tiempos y en distintas circunstancias a una nueva misión.

Los pensionistas utilizan los mismos métodos que los activistas de los movimientos sociales. En realidad es el modelo que esa generación promovió hace medio siglo, actualizado y adaptado a la situación actual y a las nuevas tecnologías. Para

comprobarlo basta comparar la foto de una concentración de pensionistas con las imágenes obreras de los años 70 y 80. En ambos casos destaca la determinación de ocupar espacios urbanos de carácter simbólico. Son luchas de posiciones, manteniendo la continuidad en la acción. No siguen cauces de expresión y de reivindicación formal, institucionalizada. Sus procedimientos son distintos a los de los partidos y sindicatos, disciplinados, ortodoxos, firmemente estructurados. Como el 8M, el movimiento de pensionistas evidencia la reactivación de las movilizaciones ciudadanas.

10 características básicas del movimiento de pensionistas en Bizkaia

- Surge desde abajo, de forma espontánea, en el ámbito local de pueblos y comarcas.
- Se concentran en los ayuntamientos, los lunes al mediodía, desde el 15 de enero.
- Participa de forma activa gente con trayectoria militante durante la transición.
- Se integran en la lucha asociaciones que se dedicaban a labores asistenciales.
- Tiene carácter unitario, plural, autónomo, transversal, descentralizado.
- Se autoorganiza formando asociaciones, coordinadoras, plataformas.
- La convocatoria inicial se hizo a través de internet y boca a boca.
- El vínculo común es el Movimiento de Pensionistas de Bizkaia.
- No existen contactos estables con otros territorios de Euskadi.
- Se excluye la intervención directa de partidos y sindicatos.

Sobre estas bases, distintas a las de otras zonas, se asienta la fortaleza del movimiento y la capacidad de convocatoria de un colectivo de pensionistas que, en su manifestación del 22N y más todavía en la marea ciudadana que inundó Bilbao el 17M, logró las movilizaciones más multitudinarias del conjunto del Estado.

Relación con los sindicatos

La defensa de las pensiones, como las luchas obreras, está ligada a la actividad sindical. Ambas se caracterizan por la desconfianza mutua entre base y dirigentes. Los sindicatos temen los efectos del espontaneísmo y del asamblearismo. Pensionistas y trabajadores, sindicados o no, recelan de los acuerdos que firman en su nombre las cúpulas sindicales. Dos casos relevantes: en los Pactos de la Moncloa de 1977 se impusieron, con apoyo sindical, medidas de contención salarial que chocaban con la beligerancia sindical de la trayectoria anterior. La reforma laboral y de las pensiones aprobada en 2011 por el gobierno de Rodríguez Zapatero y avalada por CC.OO. y UGT, incluye medidas cuya derogación reclaman los actuales y futuros pensionistas.

Los pensionistas que ahora combaten en las calles pertenecen a la generación que protagonizó las luchas de la transición

La historia del movimiento obrero, junto con la lucha por unas pensiones dignas, está cuajada de ejemplos que ilustran la tensión permanente entre acción directa obrera y práctica sindical. Un ejemplo característico es el de la “Coordinadora de Fábricas de Vizcaya”, formada por 240 delegados, pertenecientes a 150 empresas, que en setiembre del 76 impulsó un proceso asambleario y huelguístico de 100.000 trabajadores. Los dirigentes de los sindicatos estaban dentro de esa “Coordinadora”, pero no la controlaban ni dirigían.

Algo similar ocurre con el “Movimiento de Pensionistas de Bizkaia”, encargado de coordinar las movilizaciones en este territorio. Las asociaciones sindicales de pensionistas participan en plano de igualdad con las plataformas y coordinadoras, mas por exigencia expresa de la gente que acude a las concentraciones, los sindicatos no airean ni siglas ni pancartas. Cuando surgen reproches hacia los sindicatos, toca hacer

llamamientos a la unidad. Hoy como ayer, es preciso contar con los sindicatos, pese a sus contradicciones y al pulso que mantienen con la Coordinadora Estatal en Defensa de las Pensiones Públicas.

Combatir el 0,25%, un ejercicio de autoestima

El colectivo de pensionistas, infantilizado en los servicios asistenciales, incluso en la sociedad, ha convertido el 0,25% en símbolo de lucha por el respeto y la dignidad. Rajoy ha ido más allá de congelar las pensiones, hasta ahí ya llegó Zapatero. El 0,25% representa una humillación, un insulto, la calderilla de una limosna lanzada al suelo de mala gana. Pelear contra el 0,25 % es una cuestión de principios, un motivo de orgullo. De poco sirve que Rajoy intente ahora calmar los ánimos prometiendo mejorar las pensiones más bajas y de viudedad. Esas míseras subidas no evitarán que muchas pensiones, sobre todo las de viudedad, mantengan a quienes las perciben en la pobreza. En Euskadi, el 25% de las pensiones tienen y seguirán necesitando complementos y ayudas públicas. El efecto de las mejoras que ofrece el Gobierno puede ser el contrario al deseado, contribuyendo a dinamizar la lucha en vez de frenarla, pues no suponen revalorizar ni garantizar las pensiones públicas. Por eso, pensionistas que antes renegaban de la política, gritan ahora “Rajoy dimisión”.

En definitiva, las y los pensionistas que llevan 12 semanas consecutivas concentrándose en las plazas de los ayuntamientos, forman parte de la categoría de personas que en el poema más célebre de Bertolt Brecht son consideradas imprescindibles, porque luchan toda la vida.

Luis Alejos es sociólogo y pensionista.